

**UMBRALES DEL MISTERIO PASCUAL:  
CUANDO LA PIEDAD CONDUCE  
A LA PASCUA  
PRÁCTICAS DEVOCIONALES Y PEDAGOGÍA  
DE LA FE EN SEMANA SANTA**

RUFINO MEANA S.J.\*

Y PABLO GUERRERO S.J.\*\*

Fecha de recepción: 24 de enero de 2026

Fecha de aceptación y versión final: 30 de enero de 2026

RESUMEN

*El artículo propone una lectura teológica, histórica y pastoral de diversas prácticas devocionales de fuerte arraigo –Vía Crucis, Vía Lucis, Hora Santa, Sermon de las Siete Palabras y la visita al Monumento– entendidas como umbrales simbólicos que disponen para la celebración del Triduo pascual y prolongan su fecundidad en la vida cristiana. En contextos como el español y latinoamericano, estas prácticas configuran una pedagogía comunitaria de la memoria que, cuidada mistagógicamente, puede sostener procesos de evangelización y discipulado, evitando tanto la folclorización como el desplazamiento del centro litúrgico.*

**PALABRAS CLAVE:** Sacramentales, Semana Santa, religiosidad popular, claves pastorales.

**THRESHOLDS OF THE PASCHAL MYSTERY:  
WHEN PIETY LEADS TO EASTER  
DEVOTIONAL PRACTICES AND THE PEDAGOGY OF FAITH IN HOLY WEEK**

---

\* Profesor de psicología y de discernimiento. rmp@comillas.edu.

\*\* Profesor de teología pastoral. pguerrero@comillas.edu.

## ABSTRACT

*This article offers a theological, historical, and pastoral reading of several deeply rooted devotional practices—the Way of the Cross, the Way of Light, the Holy Hour, the Sermon of the Seven Last Words, and the visit to the Altar of Repose—understood as symbolic thresholds that dispose the faithful for the celebration of the Paschal Triduum and extend its fruitfulness in Christian life. In contexts such as Spain and Latin America, these practices shape a communal pedagogy of memory which, when approached with proper mystagogical care, can sustain processes of evangelization and discipleship, while avoiding both folklorization and the displacement of the liturgical center.*

**KEYWORDS:** Sacramentals, Holy Week; popular religiosity, pastoral guidelines.

---

## Introducción

Las expresiones de la religiosidad popular en Semana Santa poseen una gran densidad teológica y reflejan la fe profunda del Pueblo de Dios en el Misterio Pascual.

La Semana Santa –sobre todo en España– ha sido descrita muchas veces como un “umbral” donde confluyen liturgia, religiosidad popular y cultura. En torno al Triduo Pascual se despliega un tejido de prácticas que no son celebraciones sacramentales, pero sí actúan como mediaciones densas del misterio pascual. La Semana Santa, sin duda, constituye una de las expresiones más visibles de religiosidad popular y, a la vez, una realidad cultural de primer orden: hermandades, música, imagería, artes efímeras, modos de ocupar el espacio urbano y de narrar colectivamente una historia, etc. En nuestro país se reconoce la Semana Santa como “manifestación representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial” (Real Decreto 384/2017), lo cual constata su relevancia cultural aunque, desde un punto de vista pastoral, se hace necesario discernir para que el “reconocimiento patrimonial” no vacíe el núcleo pascual.

Desde el punto de vista pastoral, la pregunta no es si lo cultural/popular “contamina” lo religioso, sino cómo la Iglesia acompaña procesos de sig-

nificado en contextos donde lo religioso puede ser vivido como identidad difusa, patrimonio turístico o emoción. Ahí estas prácticas –bien cuidadas– pueden convertirse en dispositivos de hospitalidad espiritual: permiten entrar en el misterio por la puerta de la belleza, del cuerpo y del relato.

La cuestión pastoral ya no es si estas prácticas “sobran” o “estorban”, sino qué hermenéutica ofrecemos para que su potencial teológico se despliegue sin caer en dos extremos igualmente estériles: a) un ritualismo que las reduce a folclore sentimental; b) un “liturgismo” que las desprecia como si todo lo no sacramental fuera sospechoso.

Nuestro punto de partida no puede ser otro que el principio conciliar: los ejercicios piadosos del pueblo cristiano se recomiendan, siempre que sean conformes a las normas de la Iglesia; se organicen de modo que estén en armonía con la liturgia, “deriven” de ella y conduzcan hacia ella, reconociendo que la liturgia está “muy por encima” (cumbre)<sup>1</sup>.

Este principio evita dos reduccionismos opuestos. El primero: despreciar la piedad popular como si fuera un residuo premoderno; el segundo: absolutizarla hasta convertirla en sustituto práctico del Triduo Pascual. El *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* insiste en ambos puntos: reconoce su valor y, al mismo tiempo, advierte del riesgo de una valoración desequilibrada en detrimento de la Liturgia<sup>2</sup>.

En términos “técnicos”, muchas de estas prácticas se sitúan cerca del ámbito de los sacramentales. El Código de Derecho Canónico los define como signos sagrados que, a imitación de los sacramentos, significan y obtienen –por la intercesión de la Iglesia– efectos principalmente espirituales; y el Catecismo recuerda que disponen para recibir el efecto principal de los sacramentos y santifican diversas circunstancias de la vida<sup>3</sup>.

1. Cf. Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4 diciembre 1963), nn. 10 y 13.
2. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones* (13 mayo 2002), especialmente nn. 13, 49-52 y 55.
3. CIC, c. 1166; y CEC, n. 1667.

Ahora bien, la densidad teológica de la piedad popular no se agota en su clasificación jurídica. Pablo VI, en *Evangelii nuntiandi*, dedicó un número fundamental a la piedad popular, subrayando que toca un aspecto de la evangelización que no puede dejar a la Iglesia indiferente. Si bien señala los límites y peligros, afirma con claridad que “cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente “piedad popular”, es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad”<sup>4</sup>.

En el ámbito latinoamericano, esta intuición ha sido reelaborada por el magisterio regional: el documento de Aparecida afirma que no se puede considerar la espiritualidad/piedad popular como un modo secundario de vida cristiana, porque en ella se contiene un intenso sentido de trascendencia y una verdadera experiencia de amor teologal<sup>5</sup>.

El papa Francisco ha recogido y universalizado esta mirada al hablar de la piedad popular como “Evangelio inculturado” y como una fuerza activa de evangelización, que requiere ser acompañada, respetada y purificada cuando sea necesario<sup>6</sup>.

Pasamos ahora a proponer una lectura teológico-histórica y pastoral de cinco prácticas especialmente significativas<sup>7</sup>: el Viacrucis, el Vialucis, la

4. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), n. 48.

5. Cfr. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento Conclusivo de Aparecida* (2007), nn. 258-265, especialmente n. 263.

6. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), nn. 122-126.

7. A pesar de realizarse fuera de las celebraciones litúrgicas oficiales, estas prácticas han sido reconocidas por la Iglesia como verdaderos tesoros espirituales que alimentan la piedad y la misión evangelizadora de los fieles. Lejos de considerarlas

Hora Santa (en particular la vigilia del Jueves Santo), el Sermón de las Siete Palabras y la Visita a los Monumentos. Subrayaremos su *densidad<sup>8</sup> teológica* (lo que dicen del Misterio Pascual), su *trayectoria histórica* (cómo se han configurado en la tradición, sobre todo en el mundo hispano) y sus *claves pastorales* (cómo acompañarlas hoy, de modo especialmente atento a jóvenes, agentes de pastoral y comunidades parroquiales).

### 1. Vía Crucis: “*per crucem ad lucem*”

El Vía Crucis es uno de los ejercicios de piedad más universal, durante la Semana Santa. El ya mencionado *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* recuerda su origen plural: la peregrinación a Tierra Santa, la devoción a los “lugares santos” y la progresiva estructuración de estaciones que permitan al pueblo cristiano contemplar, de manera accesible, el itinerario de la Pasión<sup>9</sup>.

En España, su recepción se ha entrelazado con la cultura de cofradías y hermandades: no sólo es un “texto” para meditar, sino un gesto comunitario. Caminar con la cruz por calles y plazas, detenerse ante una imagen, escuchar una meditación breve o rezar en silencio, son acciones que educan el cuerpo creyente: la fe entra por los sentidos. En América Latina, el Vía Crucis se ha inculturado de modo particular: barrios, cerros y plazas se convierten en escenarios de una catequesis pública; en algunos lugares, la

---

expresiones marginales, el Magisterio reciente las valora como una “espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos” y un “lugar teológico” donde resuena la voz del Espíritu Santo en la fe del pueblo.

8. Consideramos “densas” a estas prácticas no porque sean complicadas, sino porque concentran teología en forma simbólica: hacen memoria (anámnesis), generan afectos y cuerpo eclesial, ponen palabras a la fe y abren una pedagogía del tiempo. El viacrucis condensa cristología y soteriología; el vialucis, la escatología y la esperanza; la hora santa, la eclesiología eucarística; el sermón de las Siete Palabras, la teología de la cruz; la visita al monumento, la paradoja de una presencia real que atraviesa la ausencia del Viernes Santo y del Sábado Santo. Esta densidad simbólica explica por qué la piedad popular es capaz de transmitir la fe incluso donde el lenguaje conceptual falla.
9. Cfr. *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* (2002), nn. 131-135.

representación viviente añade una dimensión dramática que, bien encauzada, hace visible el relato evangélico para generaciones que ya no lo conocen.

Teológicamente, el Vía Crucis enseña la “forma” pascual de la vida: el discípulo sigue a Cristo por el camino de la entrega. La cruz no es un objeto devocional aislado, sino la manifestación histórica del amor. Por eso el Directorio describe el Vía Crucis como un camino en el que la Iglesia conserva viva la memoria de palabras y acontecimientos de los últimos días del Señor y, al mismo tiempo, aprende a leer la existencia desde el misterio de la Cruz<sup>10</sup>.

La cuestión pastoral decisiva es evitar dos deformaciones. La primera, un cristianismo de Viernes Santo permanente, incapaz de abrirse a la Resurrección. La segunda, una espiritualidad sentimental que busca emoción sin conversión. Para superar ambas, conviene integrar el Vía Crucis en un itinerario más amplio: examen de vida, reconciliación, escucha de la Palabra, caridad organizada. En términos simples, si el Vía Crucis no desemboca en misericordia y justicia, ha perdido su nervio evangélico.

Señalamos cuatro criterios operativos que pueden ayudar:

- a) Presencia de la Palabra: cuando sea posible, utilizar estaciones vinculadas explícitamente a episodios evangélicos; evitar añadidos que conviertan la meditación en teatro moral.
- b) Sobriedad: una palabra breve y un silencio real suelen tener más eficacia espiritual que largos discursos.
- c) *Ad lucem*: concluir de modo que se abra a la esperanza; la tradición de Jerusalén, donde el itinerario culmina en el Santo Sepulcro, sugiere una pedagogía: la cruz conduce a la vida; “es oportuno que concluya de manera que los fieles se abran a la expectativa, llena de fe y de esperanza, de la Resurrección”<sup>11</sup>.

10. *Ibid.*, n. 133.

11. *Directorio* (2002), n. 134, que aconseja que el Vía Crucis concluya de modo que abra a la expectativa de la Resurrección. Pastoralmente, puede incluso añadirse una estación final (no enumerada entre las XIV tradicionales) ante una imagen del Cristo resucitado o el Sagrario cerrado, proclamando el Evangelio de la Resurrección, para subrayar que la vía crucis desemboca in lucem.

- d) Una lectura social sin moralismo: se puede (y se debe) nombrar el sufrimiento contemporáneo (migración, violencia, pobreza, soledad, adicciones) como lugar donde Cristo sigue siendo crucificado; pero conviene hacerlo con sobriedad, evitando convertir el Vía Crucis en un “mitin”.

Una propuesta especialmente fecunda para jóvenes es el “Vía Crucis del barrio”: un recorrido breve por lugares de fragilidad (residencia de mayores, centro de salud, comedor social), con una estación final de compromiso (voluntariado, colecta, acompañamiento). La clave no es “hacer cosas”, sino ayudar a reconocer que la compasión no es un añadido moral, sino participación en el amor crucificado.

## 2. Vía Lucis: una pedagogía de la Resurrección

Si el Vía Crucis ha configurado durante siglos la imaginación cristiana sobre la Pasión, el Vía Lucis intenta corregir una asimetría pastoral: la dificultad para habitar la Resurrección como acontecimiento que transforma la vida. El *Directorio* describe el Vía Lucis como un itinerario de meditación sobre las apariciones del Resucitado, desde la mañana de Pascua hasta la Ascensión, con apertura a la espera del Espíritu y de la Parusía<sup>12</sup>.

Su densidad teológica se percibe en tres ejes. Primero, recuerda que la fe cristiana no es un duelo interminable: el Crucificado vive y llama por el nombre (como a María Magdalena), perdona (como a Pedro), reúne (como a los de Emaús), envía (como a los Once) y sopla el Espíritu. Segundo, relea la identidad bautismal: “hemos resucitado con Cristo”. Tercero, ofrece un lenguaje de esperanza en una cultura saturada de diagnósticos pesimistas.

Pastoralmente conviene situarlo con claridad. Su lugar más propio es el tiempo pascual; sin embargo, también puede prepararse en Cuaresma como contrapunto mistagógico: atravesamos la cruz para entrar en la vida. En contextos donde la Semana Santa se percibe casi exclusivamente

---

12. *Directorio* (2002), n. 153.

como estética del dolor, el Vía Lucis es un acto profético: enseña que la última palabra no la tiene la muerte.

Con jóvenes funciona especialmente bien en formato de “itinerario nocturno” breve: estaciones bíblicas, silencio, un gesto final de envío (por ejemplo, una luz compartida que no se guarda como souvenir, sino que se convierte en servicio). El riesgo aquí es el triunfalismo: no se trata de negar la cruz, sino de mostrar que la Resurrección la atraviesa y la transfigura.

El *Directorio*, nos invita a reconocer que “con la metáfora del camino, el Vía lucis lleva desde la constatación de la realidad del dolor, que en plan de Dios no constituye el fin de la vida, a la esperanza de alcanzar la verdadera meta del hombre: la liberación, la alegría, la paz, que son valores esencialmente pascuales. El Vía lucis, finalmente, en una sociedad que con frecuencia está marcada por la “cultura de la muerte”, con sus expresiones de angustia y apatía, es un estímulo para establecer una “cultura de la vida”, una cultura abierta a las expectativas de la esperanza y a las certezas de la fe”<sup>13</sup>.

### 3. Hora Santa: velar con el Señor en Getsemaní

La Hora Santa es, en su forma más común, un tiempo de adoración eucarística y vigilancia orante que remite a Getsemaní (Mt 26,40). El *Directorio* recuerda que una forma originaria de la adoración eucarística se remonta a la noche del Jueves Santo: tras la Misa en la Cena del Señor, la Iglesia reserva las especies para la comunión del Viernes Santo e invita a la adoración silenciosa<sup>14</sup>.

El culto eucarístico fuera de la Misa debe mantenerse en continuidad con la celebración. Documentos disciplinares recientes insisten en que la reserva y la exposición han de respetar lo prescrito en los libros litúrgicos y no deben convertirse en sustitutos de la Eucaristía celebrada<sup>15</sup>.

13. Ibid.

14. *Directorio*, nn. 164-165.

15. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Redemptionis sacramentum* (25 marzo 2004), cap. VI, sobre la reserva y el culto eucarístico fuera de la Misa.

Desde el punto de vista histórico, la expresión “Hora Santa” se popularizó también en el marco de la devoción al Sagrado Corazón. La tradición vincula su difusión a santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), cuya espiritualidad incluye la invitación a velar con Cristo en la noche del jueves<sup>16</sup>.

Más allá de la genealogía devocional, su valor teológico en Semana Santa es claro: la Iglesia permanece con Jesucristo en la hora de su entrega, aprende la obediencia filial y deja que el silencio configure el corazón. En una cultura de hiperestímulo, velar sin hacer nada “útil” es un acto contracultural: coloca al creyente en la lógica de la gracia.

Criterios pastorales para celebrar una Hora Santa con densidad y accesibilidad:

- a) Presencia de la Palabra: una proclamación breve del evangelio de Getsemaní, recitar un salmo de confianza; todo ello seguido de un silencio real.
- b) Mantener una estructura simple: adoración – acción de gracias – intercesión – compromiso; sin acumulación de textos.
- c) Acompañamiento musical sobrio: cantos que sostengan la oración sin sustituirla.
- d) Pedagogía del silencio: el silencio no es “vacío” sino escucha; no es mejor orante quien mejor hablar, sino quien mejor escucha. Un error muy común es, por inseguridad del “presidente”, llenar el silencio de palabras.

Con jóvenes es adecuado “escalonar”: comenzar con 15 minutos (introducción), pasar a 30 (iniciación) y proponer más adelante la hora completa (profundización). La experiencia muestra que muchos jóvenes se acercan primero por curiosidad y permanecen por la calidad de un silencio compartido.

---

16. Una práctica que se extendería desde el monasterio de Paray-le-Monial (Francia).

#### 4. El Sermón de las Siete Palabras: predicar la cruz como Palabra para el mundo

El Sermón de las Siete Palabras medita las siete expresiones finales de Jesús en la cruz, según los Evangelios, y suele celebrarse el Viernes Santo en torno al mediodía. Diversos estudios sitúan su origen en la Lima virreinal del siglo XVII, en el ámbito jesuita, donde se estructuró una práctica de predicación prolongada vinculada a la “devoción de las tres horas”<sup>17</sup>.

Su fuerza teológica no procede de un sentimentalismo sobre el sufrimiento, sino de la condensación kerygmática de la cruz<sup>18</sup>. En las siete palabras se despliega una teología completa: el perdón que inaugura una humanidad nueva; la promesa al ladrón que revela la gratuidad; la maternidad eclesial (“ahí tienes a tu madre”) como germen de comunión; el grito de abandono como oración del Hijo; la sed como deseo de salvación; el “todo está cumplido” como consumación del amor; y la entrega del espíritu como acto pascual.

La tradición española ha desarrollado formas públicas particularmente significativas. En Valladolid, por ejemplo, el Sermón en la Plaza Mayor se ha convertido en un acto emblemático de la ciudad, organizado por la Cofradía de las Siete Palabras y precedido por un pregón itinerante: un ejemplo claro de cómo la predicación puede ocupar el espacio público sin renunciar al silencio y a la centralidad de la Palabra.

El *Directorio* ofrece una advertencia que conviene recordar aquí: el Viernes Santo, dedicado a celebrar la Pasión del Señor, es el día por excelencia para la adoración de la Cruz en la liturgia; por eso hay que

---

17. Cfr. ALONSO MESSÍA BEDOYA (S.I.), *Devoción a las tres horas de la agonía de Christo Nuestro Redentor*, Colegio de la Asunción de la Compañía de Jesús, Córdoba, 1758.

18. Cada una de estas siete palabras constituye por sí misma un tesoro teológico, y juntas ofrecen un compendio del Evangelio vivido en la cruz. De allí el inmenso valor de meditarlas pausadamente. Se trata de un recorrido espiritual desde el perdón hasta el abandono confiado, pasando por la salvación gratuita, la comunión eclesial en María, el sentimiento de desolación unido a la esperanza, la sed apostólica y la plenitud de la obra liberadora.

evitar “sucedáneos” que desplacen la celebración litúrgica o creen híbridos confusos<sup>19</sup>.

El Sermón de las Siete Palabras se vuelve pastoralmente fecundo cuando adopta un tono contemplativo y mistagógico: no se trata de “explicar” cada palabra como lección, sino de dejar que la Palabra explique la vida. Por eso el predicador ha de evitar la retórica de espectáculo y buscar una palabra breve, bíblica y vinculada a la oración de la Iglesia. No se consigue esto en todas las ocasiones... Pero lo que es indudable es que el Sermón de las Siete Palabras posee un gran potencial pastoral, al ser ante todo un ejercicio de predicación evangelizadora en el contexto sagrado del Viernes Santo.

Nos permitimos señalar una serie de elementos que deberían tenerse en cuenta. En primer lugar, se debe garantizar la *calidad teológica del sermón*. Es aconsejable encomendar el Sermón a predicadores preparados teológicamente y con dotes comunicativas, capaces de unir el mensaje de la cruz con un lenguaje accesible e interpellante. Es importante mantener un *clima de oración y recogimiento*. Aunque es un acto hablado, no debe convertirse en mera conferencia. También se pueden favorecer *silencios* después de cada meditación, de unos minutos, para la oración personal. Como ya está dicho, es determinante la *integración con la liturgia oficial*. El Sermón no sustituye a la liturgia propia del Viernes Santo.

Un elemento de especial importancia lo constituye la *actualización del mensaje*. El “predicador” deberá enlazar las palabras de Cristo en la cruz con la realidad contemporánea. Desde su origen, esta tradición ha tenido un marcado acento social. Según la tradición, el primer Sermón, en Lima, denunció los padecimientos de esclavos e indígenas a la luz del sufrimiento de Cristo. Las aplicaciones concretas hacen que el Sermón no quede en una devoción intimista, sino que impulse a la *caridad y la justicia*, manifestaciones de una fe viva. La clave es siempre el Evangelio de la

---

19. “(...) al planificar pastoralmente el Viernes Santo se deberá conceder el primer lugar y el máximo relieve a la Celebración litúrgica, y se deberá explicar a los fieles que ningún ejercicio de piedad debe sustituir a esta celebración, en su valor objetivo. *Directorio* (2002), n. 143.

Cruz, que ciertamente tiene consecuencias sociales y, ante todo, busca la conversión personal.

No resulta sencillo involucrar a los jóvenes en esta tradición que, de entrada, puede parecerles muy larga o exigente. Como sugerencias posibles, se les puede invitar a preparar dramatizaciones breves de cada Palabra; o a proclamar ellos mismos los textos bíblicos asociados; también se les puede encomendar una de las palabras para que ellos hablen a sus compañeros; se pueden incluir cantos contemporáneos de música religiosa, o proyectar imágenes artísticas de la Pasión mientras se medita... El caso es buscar ayudas que pueden hacer más comprensible y cercano el mensaje a las nuevas generaciones; sin olvidar que, en muchas ocasiones, los jóvenes nos evangelizan a los que ya peinamos canas.

## 5. La visita al “Monumento”

La reserva eucarística al final de la Misa en la Cena del Señor ha generado, en el ámbito hispano, una práctica muy extendida: la visita al “Monumento” y, en algunas regiones, el itinerario de “las siete iglesias”. El *Directorio* reconoce la historia ambivalente de esta costumbre: por un proceso no del todo claro, el lugar de la reserva llegó a interpretarse como “santo sepulcro”, y los fieles acudían a venerar a Jesús allí donde se pensaba que permaneció cuarenta horas<sup>20</sup>.

Precisamente para purificar esa lectura, el *Directorio* subraya el sentido real de la reserva: conservar la Eucaristía para la comunión del Viernes Santo y para el viático; y, al mismo tiempo, invitar a la adoración del Sacramento instituido en ese día. De ahí derivan indicaciones concretas: evitar llamar “sepulcro” al lugar de la reserva (y también “monumento”), no darle forma funeraria y no exponer el Santísimo en custodia<sup>21</sup>.

---

20. Cfr. *Directorio* (2002), n. 141 (Jueves Santo: visita al lugar de la reserva; sentido de la reserva y criterios).

21. *Ibíd.*, n. 141 (cautelaciones terminológicas y simbólicas; prohibición de exposición en custodia en este contexto).

Desde el punto de vista histórico, la costumbre de visitar varias iglesias en la noche del Jueves Santo se comprende mejor como una forma de peregrinación breve. En Roma existe desde hace siglos el “peregrinaje de las siete iglesias”, vinculado a las grandes basílicas y popularizado por san Felipe Neri en el siglo XVI como camino penitencial y comunitario; en la actualidad se sigue presentando como itinerario espiritual en el contexto jubilar. Recordar esta genealogía ayuda a purificar la práctica local: la visita a los “Monumentos” no es turismo religioso ni un concurso estético, sino un modo de caminar orando ante el Sacramento reservado, haciendo de la ciudad un espacio de vigilia<sup>22</sup>.

La clave pastoral es sencilla: hacer comprensible el sentido del signo. Cuando la visita se reduce a “ver decoraciones” o a comparar monumentos, el gesto se vacía. En cambio, cuando la comunidad comprende que se trata de acompañar al Señor presente y de disponerse para la comunión del Viernes Santo, el templo se transforma en escuela de adoración.

Algunas orientaciones concretas:

- a) Catequesis mínima *in situ*: no llenar de palabras ni de carteles el “monumento”.
- b) Sobriedad estética: la belleza es aliada de la fe, pero debe conducir al silencio; conviene evitar la lógica competitiva (“el más bonito”) y la saturación de estímulos.
- c) Peregrinación orante: si se mantiene la costumbre de visitar varias iglesias, darle un ritmo claramente orante (un salmo, un silencio, una intención común) y concluir con un gesto de caridad.
- d) Cuidar el horario: no programar visitas o procesiones de modo que, de hecho, impidan la participación en los oficios del Triduo.

No debemos perder de vista que a la “visita a las siete iglesias” podemos darle un cariz comunitario: *se camina juntos* acompañando al Señor. Asi-

---

22. Cfr. Vatican News, “Peregrinación a las Siete Iglesias, tras las huellas de los mártires cristianos”, en línea: <https://www.vaticannews.va/es/iglesia/news/2025-03/peregrinacion-siete-iglesias-martires-roma-huellas-jubileo-2025.html> (Consulta el 2 de febrero de 2025).

mismo, debería potenciarse, en la medida de lo posible, tanto la participación de familias (muchos padres llevan a sus hijos, inculcándoles así la tradición desde pequeños) como de grupos (por ejemplo, los grupos de jóvenes pueden organizar su *ruta juvenil*). Esto refuerza la identidad comunitaria y atrae a otros. De igual modo, se puede invitar a personas alejadas: a veces alguien que no suele ir a Misa sí se anima a hacer la visita por tradición cultural y, nunca se sabe...

### **Conclusión: cuando el símbolo se vuelve discipulado**

En España y América Latina, las prácticas a las que nos hemos referido, tienen un peso sociocultural que la pastoral no puede ignorar. No sólo movilizan a los “practicantes”; también convocan a quienes se reconocen en la tradición como memoria familiar o identidad cultural. Esto convierte a la Semana Santa en un fenómeno complejo, en el que se entrelazan religión, cultura, economía local, medios de comunicación y política municipal.

La piedad popular de Cuaresma y Semana Santa no es un museo de formas antiguas ni un simple espectáculo cultural. En su mejor versión, es una gramática de la fe: enseña a caminar, velar, contemplar, escuchar y servir. De ahí su densidad teológica: traduce el Misterio Pascual al lenguaje del cuerpo y de la ciudad, de la música y del silencio, de la palabra proclamada y de la belleza. Pero precisamente por esa fuerza, requiere discernimiento: custodiar el centro litúrgico y cuidar los umbrales para que conduzcan a la Pascua y, desde ella, a la caridad.

Si se logra esa integración, las prácticas aquí descritas dejan de ser “algo más” y se convierten en lo que están llamadas a ser: caminos de iniciación cristiana, lugares de reconciliación y espacios donde el pueblo aprende —una vez más— que el Dios de la Semana Santa no es sólo el Dios de la emoción religiosa, sino el Dios que entrega la vida y resucita para abrir un futuro.